



Santa Catalina de Siena: profeta en medio de la Iglesia¹

Mary O'Driscoll, O.P.

Siena es una hermosa ciudad independiente y culturalmente rica, situada en la Toscana italiana. En la Alta Edad Media, alcanzó su máximo esplendor como centro financiero y de comercio.

Catalina Benincasa, amplia y popularmente conocida como Catalina de Siena, fue una mujer admirable. No sólo destacó en su tiempo, sino también en los siglos siguientes como una personalidad viva, fuerte, apasionada y entusiasta. Era una mujer con una inmensa pasión por la vida que se entregaba plenamente a cualquier cosa de la que estuviera convencida. Su convicción más honda fue el amor inmenso y asombroso de Dios por la humanidad, manifestado en Jesucristo. Como resultado de vivir interna y externamente desde esta verdad, llegó a ser una gran mística, locamente enamorada de Dios que la amaba y, a la vez, una figura histórica importante que trabajó infatigablemente por la renovación de la Iglesia y del mundo en el que vivió. Uno de sus biógrafos la describe como una persona que siempre se entregaba “al máximo”, cuando respondía plenamente de corazón a su Dios amoroso o cuando ayudaba compasivamente a su prójimo necesitado.

La fecha de su nacimiento más aceptada es el 25 de marzo de 1347, en Siena. Su madre Lapa di Puccio Piagenti y su padre Jacopo Benincasa, tintorero. Su casa es actualmente centro de peregrinación para los numerosos visitantes de la ciudad medieval. Se pueden visitar diferentes dependencias entre ellas el sótano donde Catalina vivió en soledad y oración durante tres años de su vida.

A edad muy temprana Catalina decidió que quería entregar su vida a Dios. Esta determinación parece estar relacionada con una visión extraordinaria de Jesucristo. Su deseo de pertenecer a Dios se puso de manifiesto primero con su voto de virginidad, con su decisión de unirse a las “*mantellate*”, grupo de mujeres laicas dominicas. Tenía 16 ó 17 años cuando se incorporó a esa comunidad laical. Catalina dedicó sus primeros tres años de su vida como “*mantellata*” a la vida de oración, recluida en su casa. Sólo salía para participar en las celebraciones litúrgicas en la iglesia de los dominicos. Después de este tiempo de retiro, Catalina se entregó de nuevo al servicio activo del prójimo y se convirtió en una imagen familiar en las calles de su ciudad natal.

Se narran muchas historias de su sensibilidad y preocupación por los pobres y de su cuidado atento a los enfermos de Siena. Aún hoy se puede visitar el hospital de la misericordia en el que veló a los moribundos aún a riesgo de su propia vida.

A pesar de que era una mujer iletrada, el magnetismo de su personalidad y la autenticidad de su santidad eran tan atrayentes que muchos buscaban estar en su compañía y aprender cómo ser verdaderos seguidores de Cristo.

Hacia los veinticinco años, la vida de Catalina cambió considerablemente. Se encontró inmersa en la vida política de su tiempo, al principio en contra de su inclinación, pero después asumiendo lo que sentía que era el deseo de Dios.

Viajó de un lado a otro en nombre de Cristo crucificado como heraldo de reconciliación y de paz. Fue un periodo de intensa actividad en la vida de Catalina, realidad que ella misma subrayó al firmar una de sus cartas precisamente como “Catalina Marta”. Sin embargo en medio de sus múltiples ocupaciones permaneció profundamente contemplativa. Le gustaba visitar el monasterio dominicano de Monte Pulciano, entre otros, en el que oraba frecuentemente ante la tumba de su hermana dominica Santa Inés.

Durante la estancia en Aviñón, a Catalina se le presenta otra tarea en su camino: la de tratar de convencer al Papa Gregorio XI para que trasladase la sede apostólica a Roma. Empresa difícil porque Gregorio, tímido y fácilmente manipulable, estaba rodeado de cardenales franceses que eran muy reacios a dejar su confortable forma de vida en Aviñón e ir a la ciudad de Roma a la que consideraban insalubre e incivilizada. Su sucesor Urbano VI, se embarcó, de manera inmediata a su elección, en la reforma de la Iglesia. Su forma de llevar a cabo esta tarea enfureció de tal manera a los cardenales que, cinco meses más tarde declararon inválida su elección y eligieron rápidamente a otro Papa, Clemente VII. Este hecho marcó el comienzo del Gran Cisma de Occidente.

A pesar de que Catalina consideró crueles y despiadados algunos de los métodos de Urbano, lo apoyó firmemente como verdadero papa. Éste, necesitando el consejo de la mujer sienense, le pidió que fuera a Roma; allí se trasladó en 1378. Un grupo de sus discípulos fue con ella y juntos vivieron una vida comunitaria cerca de la iglesia dominicana de la Minerva. El resto de su corta vida, Catalina dedicó su tiempo a trabajar y orar para que terminara el cisma. Sufrió tanto por esta causa que enfermó gravemente. En una de sus últimas cartas le dice a su amigo Raimundo de Capua, que si la viese, contemplaría *“a una mujer muerta yendo a San Pedro cada día”*. Pero añade: *“No quisiera dejar ese lugar, ni de noche ni de día, hasta ver a esta gente gozando de un poco más de seguridad”* (en paz con el Papa). Sufrió mucho física y espiritualmente en las últimas semanas de su vida. El 29 de abril de 1380, murió en brazos de su amiga íntima, Alessa, rodeada por muchos otros amigos y seguidores.

A finales de abril, sabiendo que estaba llegando a su última hora, mandó llamar a la familia de sus seguidores, que se encontraban con ella en Roma, se dirigió a ellos dulcemente y les dio los siguientes consejos: en primer lugar, les recordó que si querían estar unidos a Dios, habrían de tratar de desprenderse de todas sus búsquedas personales y falsos apegos, pues Dios quiere ser amado con toda la mente y el corazón de la persona. Les dijo sabía no era tarea fácil. Recalcó que había tratado durante toda su vida de practicar una oración incesante, basada en la verdadera humildad y no con la confianza puesta en su propia virtud.

En segundo lugar, reflexionando en torno a su propia vida, dijo que *“estaba convencida de que todo lo que le había sucedido a ella y a otros era signo del inmenso amor de Dios”*. Esta convicción le había dado tal confianza en la Providencia divina, que estaba *“lista para aceptar de buen grado cualquier cosa que se le presentara en el camino”*. De esta manera, les exhortó a tener una esperanza inquebrantable en la Divina Providencia.

Finalmente les rogó que se amaran unos a otros, porque ese fue el mandamiento de Jesús antes de morir (Jn15,12)... *“amaos unos a otros, mis queridos hijos, amaos”*. Les aseguró que si se amaban unos a otros, *“no caerían en la trampa de emitir juicios, sobre los demás ni de hablar mal inútilmente de su prójimo”*. Una expresión importante de este amor a los otros es el deseo de renovación de la Iglesia y de orar, trabajar y ofrecerse a Dios con este fin.

Algunos rasgos de la vida de Santa Catalina

Breve apunte sobre su época

Hay que enmarcar la vida y la obra de Catalina en la época en la que vivió. El siglo XIV fue un periodo de gran inseguridad y disturbios para la sociedad occidental. Los grandes cambios culturales, económicos, políticos y sociales causaron una gran conmoción y confusión. Conflictos violentos y guerras civiles. La estancia del Papa en Aviñón, seguida por el Gran Cisma de Occidente.

Finalmente, el siglo XIV marcó la transición de la Edad Media al Renacimiento, lo cual trajo consigo cambios radicales en la concepción de la vida y en las costumbres.

Sin embargo el siglo XIV fue también un siglo de intenso misticismo. De hecho, es conocido como la Edad de Oro de la mística. A ésta pertenecen los notables místicos del Rhin, el Maestro Eckhart, Juan Tauler, Enrique Suso y Margarita Ebner, que fueron todos, como Catalina, seguidores de Santo Domingo. A pesar de las dificultades de la Iglesia y la pérdida de fe en algunos, hubo en ese tiempo muchos otros, hombres y mujeres sencillos, que intentaron vivir una vida de profunda oración.

Nuestra mirada al siglo XIV es, sobre todo muy valiosa y significativa, por las similitudes entre la época de Catalina y la nuestra.

Catalina de Siena, una mujer de su tiempo, fue capaz de hablar a sus contemporáneos de una manera relevante y útil. Es muy probable que pueda hablarnos a nosotras también hoy.

Seguidora de Domingo

“Por Catalina pasó todo el alma de Domingo”. Estas palabras fueron dirigidas a toda la Orden Dominicana por el Maestro fray Aniceto Fernández en 1970, con ocasión de la declaración oficial de Catalina de Siena como Doctora de la Iglesia y son el tributo más grande que le puede ser otorgado como dominica. Santa Catalina tenía un profundo amor a Santo Domingo y a la Orden que él fundó. Creció bajo la sombra de la iglesia de Santo

Domingo, iglesia dominicana de Siena. Allí pasaba horas en oración y participaba en las celebraciones litúrgicas, especialmente en la eucaristía. Los frailes que vivían en el convento anexo al templo eran sus amigos y consejeros.

Los años de profundo aprecio de la vida dominicana y de escucha de sus perspectivas teológicas influyeron tanto en Catalina que podríamos decir que mucho antes de recibir el hábito dominicano ya era dominica, por ósmosis. Cuando decidió hacerse dominica, escogió unirse a las “mantellate”, un grupo de mujeres laicas agregadas a la Orden dominicana que, aunque se reunían regularmente, vivían en sus propias casas, dedicando sus vidas a la oración y a las obras de caridad.

Después de unirse al grupo de las “mantellate”, Catalina se dio cuenta que no era necesario ser varón para predicar la Palabra de Dios. De hecho, toda su vida puede ser descrita como un ejemplo del Carisma dominicano tal y como aparece presentado en las primeras Constituciones de la Orden.

Con la fuerza de Dios y el nombre de Jesucristo, Catalina se atrevía a predicar la Buena Noticia a sus contemporáneos.

Mujer eclesial

Descubrimos un amor intenso y apasionado por la iglesia que aparece mejor explicado con los términos de su gran amor por Jesucristo. La Iglesia no es otra que el mismo Cristo.

El amor intenso de Catalina por la Iglesia muestra el gran deseo de reforma eclesial que la mueve a lo largo de su vida y explica su agudo sufrimiento al estallar el Cisma. A su amigo Raimundo de Capua escribe: *“Mueroy no puedo morir, mi corazón se quiebra y no puede quebrarse por el deseo que tengo de la renovación de la Iglesia.”*

El amor apasionado de Catalina de Siena por la Iglesia le dio la capacidad de permanecer con ella en todos sus sufrimientos y momentos trágicos y de no perder nunca la esperanza de que llegara un día a transformarse en la Iglesia que Dios quería.

Mística y contemplativa

A lo largo de toda su vida recibió manifestaciones extraordinarias. A pesar de que Catalina gozó de la experiencia de fenómenos místicos, nunca los consideró como esenciales para una vida profunda de oración.

Es significativo que sean sus biógrafos los que resaltan, más que ella misma en sus escritos, estos hechos extraordinarios. Para ella la manera de llegar a una auténtica relación con Dios pasaba por el camino “común” de fe, esperanza y amor.

La relación de Catalina con Dios gozó de gran naturalidad. Su amigo y confesor, Raimundo de Capua, narra que Catalina eran tan consciente de la presencia de Jesús mientras oraba que, cuando llegaba a la doxología, al final de un salmo u otra oración, acostumbraba a decir: “Gloria sea al Padre, y a Ti y al Espíritu Santo”.

En el último capítulo de su Diálogo, pregunta *¿Qué más podías darme que darte a ti mismo?* (D 167). Catalina se dio cuenta de que, al recibir el regalo “íntimo” de Dios, le había sido dada una nueva manera de contemplar a las personas, los acontecimientos y las cosas, y sobre todo el camino de Dios.

Encontrando a Dios en la creación

En la tradición dominicana siempre se ha subrayado la bondad de la creación del mundo, un aprecio muy especial por la Encarnación. Este énfasis está conectado con las circunstancias históricas de la fundación de la Orden. Este es el fundamento de toda la predicación dominicana y Catalina de Siena pertenece a esta tradición. Jesucristo es el centro de toda su teología y espiritualidad; él es la imagen perfecta de Dios y por lo tanto, quien puede revelárnoslo.

La historia de su vida es la historia de su participación contemplativa en el mundo. Para ella, esta creación es una puerta hacia Dios. En el primer capítulo de su Diálogo, Dios la invita a “abrir los ojos de su mente” y a contemplar *“la dignidad y belleza”* de todos los seres humanos. Para ella la belleza diseminada en la creación visible, no es sino un tenue reflejo de la belleza humana, y ésta a su vez un tenue reflejo de la belleza de Dios.

Santa cristocéntrica

En su vida de fe, Catalina de Siena es una de esas cristianas que mantiene fija la mirada primordialmente en Jesucristo crucificado. Éste es el foco central, la fuente de inspiración para todas sus oraciones y actividades. Catalina tenía un amor apasionado por Jesucristo.

Cuando Catalina de Siena habla de Cristo como “el camino” le gusta sobre todo referirse a él como “el puente”. *“Os he dado un puente, mi Hijo, para que podáis cruzar el río, el mar tormentoso, de la vida presente, sin ahogaros”* (D21).

“El puente tiene tres peldaños y puedes alcanzar el último subiendo los dos anteriores. Hay tres etapas en el viaje. La primera es la del siervo; la segunda, la del amigo y la tercera la del niño que me ama sin preocupación por sus intereses egoístas”. (D56)

Es el regalo más bello que Dios nos ha dado y a quien es imposible mirar sin ver también a Dios. Cuando Catalina ve a Jesucristo, ve por encima de todo el amor y la misericordia de Dios.

El viaje hacia el autoconocimiento

En la página inicial de su Diálogo, Catalina de Siena se describe como “moradora de la celda del autoconocimiento”. Esta afirmación es crucial para comprender que la santa de Siena ha desarrollado su teología y espiritualidad en el contexto del autoconocimiento. En su camino hacia Dios, la primera pregunta de Catalina no es: *“¿quién es Dios?”*, sino más bien: *“¿quién soy yo?”*.

Pero para conocer quiénes somos o cuál es el significado de nuestras vidas, necesitamos ir a Dios que nos creó. Por ello la invitación repetida de Dios a Catalina es la siguiente: “Abre los ojos a tu mente y mira dentro de mí”. Nunca podremos llegar al más profundo y rico autoconocimiento si no nos vemos a través de los ojos de Dios, como ella dice, si no nos miramos en el “amable espejo” de Dios. El Dios de Catalina es siempre amable al igual que el Dios de Jesús que nos describe el Evangelio. La razón por la que podemos vernos en nuestro amable Dios es que estamos hechos a su imagen divina. *“Para desear la consecución del verdadero Conocimiento y de amarme a mí, Vida eterna, lo importante es que no te apartes del conocimiento de ti misma, que bajes al valle de la humildad y me reconozcas a mí en ti”.*

La Doctrina de la Perfección, donde expresa el camino del conocimiento como medio para llegar a la unificación con Dios: *“Conociendo amamos, y amando nos hacemos uno con lo que amamos, pero ese conocimiento tiene que partir del conocimiento propio, como camino de humildad”.*